

Fiat 750

Pol Popovic*



Un Fiat 750 enfiló el camino bordeado de peñas por un lado y recortado por un barranco por el otro. El sol de la madrugada alargó las sombras y despabiló el canto de los gallos. La luz y sus sombras se alternaban en el camino por el que rodaba el coche.

Las cejas del chofer reproducían las curvas del camino. Entre más apretada salía la curva, más se arqueaban las cejas. El motor hizo su mejor esfuerzo en la frescura de la montaña, sus partes amenazaban con desprenderse, cada cual por su lado, pero permanecían unidas en su tintineo. La máquina tenía prisa por llegar a su destino

antes de que se encendiera la luz del calentamiento, aquella lucecilla solía cambiar de color según el estado de emergencia del motor. El chofer pensó haber vislumbrado un parpadeo amarillento que, en caso de confirmarse, no tardaría en destacar su color rojo de zozobra.

Tras una curva, exitosamente capoteada por el chofer a pesar de la velocidad, el coche se adueñó del centro del camino. Al dirigirse hacia el siguiente desafío, apareció una yunta de bueyes jalando un carruaje. El chofer pisó el freno, el coche saltó a su derecha y, rayando el borde del empedrado, logró torear la carreta.

Las pezuñas de las bestias castañearon ante la amenaza y, al sentirse liberadas del susto, echaron bramidos. Las ruedas del carruaje habían marcado una raya en la franja de terracería

Fecha de recepción:
2020-07-01
Fecha de aceptación:
2020-09-15



* Profesor del ITESM Campus Monterrey.

que bordeaba el empedrado. La cara del campesino en el carruaje se torció y echó un par de sílabas malintencionadas tras el Fiat.

En la orilla del camino que subía hacia la cresta de la montaña, unas gallinas se dispersaron aleteando como si quisieran desprenderse del miedo que trajo la escandalosa máquina. Unas corrieron por el borde del camino, chocaron entre sí y rebotaron cacareando. Una cayó a lado opuesto del camino y se detuvo, con las plumas esponjadas de terror, en un arbusto prendido al barranco.

Desde abajo, un perro de tinte más amarillo que café observaba las peripecias de las gallinas. Metido entre escasos arbustos, a punto de caerse en el abismo, sus ojos brillosos se enfocaron en la gallina que acababa de aterrizar en su vecindad. Era su ración aplazada de varios días. Se lamía el hocico y retorció los ojos para asegurarse que los humanos estaban fuera de la vista.

En el Fiat que se alejaba, las reflexiones ensombrecieron el rostro del chofer, “¿Qué causa tal espanto de los animales? Cada quien por su lado designado y a su ritmo apropiado. Hay que resaltar que las gallinas no tienen su lugar en la carretera y los animales de tiro deben quedarse estrictamente en su carril. En caso contrario, los arrieros y campesinos, cogidos fuera del marco legal de la vialidad, son responsables ante la ley de todo daño ocasionado por sus incumplimientos del código vial. ¿Por qué cosas tan sen-

cillas son inaprensibles para tantos? ¿Cuándo van a escarmentar?”.

Un par de días después del encuentro del Fiat con la yunta de bueyes, en el mismo recodo del camino, un campesino se dirigía a casa a paso seguro. Su carruaje estaba montado sobre enormes ruedas forradas de lámina. Un bigote negro solapaba los labios que canturreaban un aire popular. Un caballo azabache y el otro bayo estiraban el carruaje del que se desprendían rechinidos y unos que otros granos de trigo.

La curva catapultó el Fiat hacia los caballos. Espantados, las herraduras golpetearon el empedrado, sonó el pitido metálico y el bayo dio un estirón hacia el barranco. El caballo se detuvo al borde del camino, pero el carruaje se deslizó y estiró a ambos animales hacia el fondo. Mientras caía raspando la ladera y quebrando sus tablas, la carreta dejaba un camino de grano.

El azabache quedó inmóvil bajo el carruaje. El dolor de las piernas rotas del bayo fue aliviado a golpes de hacha.

El campesino, que fue subido a estirones y empujones al camino, abrió los ojos. Tras unos parpadeos y momentos de paz, le salió el espanto del recuerdo. Se incorporó de un salto y se precipitó al fondo del barranco con brazos al aire y la mirada fija en la carreta desencajada, sin contemplar la posibilidad de desnucarse.

–¡Que me lo traigan! ¡A ese desgraciado! –reverberaron los gritos del campesino en el barranco.

De rodillas, con los puños llenos de grano, el campesino se puso a asestar golpes contra las tablas de la carreta al ritmo de sus sollozos. Una vez rendido ante lo incomprensible y los puños ensangrentados por los puñetazos, se arrastró hasta el bayo y lo abrazó. Aún estaba caliente.

Con los ojos cerrados, el campesino iba frotando la cabeza del caballo con el grano. Los hombres que bajaron hasta la carreta cruzaron miradas. Lo cogieron por los brazos y piernas e hicieron fuerza para desprenderlo del caballo. Su camisa voló en jirones y los zapatos al aire, pero él permaneció prendido al cuello del bayo. Los hombres se enderezaron y se quedaron un buen rato viendo al hombre que lloraba, frotaba y llenaba las fosas nasales del caballo con el grano.

Con bocas llenas de maldiciones, más hombres bajaron al fondo del barranco para arrastrar al campesino de regreso a su casa. Un gigante ceñudo

con una soga en la mano y disgusto en la cara lideraba al grupo. Los intentos de atar, arrastrar y separar al vivo del muerto resultaron cancelados con codazos y patadas.

Los socorristas tocaron sus dientes flojos y los lugares golpeados. Su rabia salpicaba imprecaciones. Sin pronunciar una palabra, uno se persiguió y con la pala en la mano se acercó al campesino para desprenderlo del dolor y del caballo.

De la nada, apareció la esposa del campesino, vestida de negro. Se abrió camino entre los hombres con ojos azorados:

—¡Déjenmelo a mí! ¡Es mío!

La mujer se dejó caer sobre la espalda de su esposo y lo abrazó. El abrazo venció los codazos y el cuerpo del campesino iba confundándose con la tranquilidad del caballo. Los tres quedaron quietos hasta bien avanzada la noche. 

